

¿ADÓNDE VA AMÉRICA?

El mundo, y sobre todo los Estados Unidos, ha cambiado, y mucho, desde el 11-S. Europa, sin embargo, permanece en gran medida anclada en un orden que ya no existe y se empeña en querer vivir en el 10-S y no en el 12-S. Por eso los europeos encuentran una enorme dificultad objetiva, de la que no suelen ser conscientes, para entender las decisiones y el curso que toma América.

Un buen ejemplo de esta incapacidad cognitiva europea se encuentra en el estéril debate sobre el segundo mandato de George W. Bush en relación a sus primeros cuatro años. Así, de manera muy simple, la primera Administración de Bush hijo se habría caracterizado por el secuestro de la Casa Blanca ejecutado brillantemente por los neoconservadores, personajes que habrían llevado a una política exterior radical, intervencionista y de catastróficos resultados. Como recientemente ha dicho Francis Fukuyama, «la percepción del fracaso en Irak ha restaurado la autoridad de los ‘realistas’ en política exterior, en la tradición de Henry Kissinger»¹.

Por otro lado, el tono más conciliador de la Secretaria de Estado, Condoleezza Rice hacia los europeos, los gestos del propio Bush ha-

Rafael L. Bardají es director de Estudios de Política Internacional en FAES.

¹ Fukuyama, Francis: «After Neoconservatism», *The New York Times*, 20 de febrero de 2006.

cia Europa al comienzo de su segundo mandato, así como la aceptación de un cierto juego de otras naciones para afrontar problemas de la comunidad internacional –como son los casos de las negociaciones con Corea del Norte e Irán sobre sus programas nucleares–, todo ello ha llevado a que muchas otras voces anuncien la caída en desgracia de los *neocons* y el retorno del realismo pragmático dominante durante los años de Guerra Fría².

Este tipo de interpretaciones suelen basarse en los rasgos de personalidad y en el carácter del inquilino de turno de la Casa Blanca. Y sin despreciar el peso de cada uno, pues afecta al tono, la actitud y la disposición con la que enfrentarse al mundo, las explicaciones psicológicas tienden a olvidar los rasgos más estructurales del orden o desorden internacional. A los europeos les gusta o reconforta pensar que la América de Bush es una excepción pasajera y que su presidencia resulta ser una anomalía en la Historia del nuevo continente. Pero es precisamente ahí donde se equivocan. George W. Bush comenzó su primer mandato como todo el mundo anticipaba, en la estela de su padre, pero los ataques del 11-S le transformaron. Para bien o para mal. Y para siempre. Pero no sólo a Bush, sino a toda Norteamérica. Por eso, pensar que quien venga tras George W. Bush puede representar un giro radical de la política exterior americana es una equivocación.

No sé si los *neocons* son más o menos importantes hoy que hace cuatro años; ni si los realistas cuentan con más peso y apoyo hoy que antes. Según la métrica a emplear, todo es debatible. Pero sí hay una cosa clara: ni el presidente ni sus principales colaboradores han alterado un ápice su doctrina exterior y de seguridad –la llamada «doctrina Bush»– cuyos principios siguen guiando la acción exterior de los Estados Unidos. En ese sentido, como intentaré explicar en estas páginas, si finalmente se produjera un giro de América, no se debería tanto a una reevaluación interna de lo que se propugna y del papel que se quiere para los Estados Unidos en el mundo, sino a un estrepitoso fracaso de la estrategia actual. Ese fracaso, en cualquier caso, tendría dimensiones históricas, pues significaría que el líder del mundo occidental, o de lo que queda de él, habría sido derrotado en la guerra

² Véase, por ejemplo, «As Neocons leave, Bush foreign policy becomes realist» en *The Wall Street Journal*, 6 de febrero de 2006; y «After the neocons come the neorealists» en *DNA*, 7 de Febrero de 2006.

contra el terror islamista, derrota que nos afectaría a todos. La victoria contra el jihadismo es posible, pero no está garantizada porque depende de aplicar las ideas correctas, que, como sabemos bien, pocas veces coinciden con lo políticamente correcto³.

¿YA NO VALE LA DOCTRINA BUSH?

La Administración Bush está siendo atacada desde varios ángulos por su acción exterior. La izquierda la tilda de militarista; los demócratas de haberse dejado llevar por un impulso entre wilsoniano e imperiaalista; algunos conservadores por su intervencionismo moral y no atenerse a la defensa de los intereses nacionales estrechamente definidos; los aislacionistas por comprometerse cada día más con los destinos del planeta y cargar con el coste de intentar imponer cierto orden en el mismo. Pero no importa la posición política, los críticos suelen coincidir en una cosa: es la visión y filosofía de los *neocons* lo único que puede explicar el rumbo del primer George W. Bush, y por tanto a ellos es a los que hay que culpar por la situación actual de América. El susto de ver nombrado un neoconservador nato como John Bolton embajador ante la ONU, se vio compensado por la salida de Paul Wolfowitz del Pentágono y la actitud conciliadora de Condi Rice al frente del Departamento de Estado. La salida de Libby del gabinete de Cheney también se cuenta entre las victorias de los realistas.

Es posible que en términos de caras y apellidos, los realistas sean hoy más visibles, esencialmente porque están concentrados en el Departamento de Estado y son con quienes más se ven los diplomáticos y mandatarios europeos. Pero la realidad es que los principios de su acción siguen intactos. Y aún más, los neorealistas, en los que tanto se confía en este lado del Atlántico, han sido incapaces, hasta ahora, de proponer una alternativa viable a la política que se está llevando a cabo desde la Casa Blanca. Como escribía Jacob Heilbrum:

«Aunque es cierto que los neoconservadores han tenido que encajar un cierto número de retiradas tácticas, no han perdido la guerra

³ Sobre el riesgo de aplicar mal una buena estrategia y el peligro de aplicar bien una pésima estrategia ver, entre otros, Kristol, William: «The Long War. The radical Islamists are on the offensive. Will we defeat them?» en *The Weekly Standard* vol. 11, n° 24, 3 de marzo de 2006.

por la mente de Bush. Al contrario, negarlo es puro *wishful thinking* por parte de sus enemigos de la izquierda y la derecha. En lugar de rebajar su retórica, Bush se mantiene fiel a los temas gemelos de los neocons: promover la democracia en el mundo y emplear para ello el poder militar»⁴.

Hay tres principios de la doctrina Bush que no sólo le han dado su peculiar característica a la misma, sino que se han asociado estrechamente a la visión internacionalista de los neoconservadores: la defensa anticipatoria (*preemptive defense*); el unilateralismo; y la exportación de la democracia. Pues bien, esos principios no sólo siguen siendo válidos para la segunda Administración Bush desde que fueran codificados en septiembre de 2002 en la *National Security Strategy*, sino que no se ha encontrado alternativa mejor alguna con que reemplazarlos.

DEFENSA ANTICIPATORIA

Aunque académicos tan respetados como John Lewis Gaddis han señalado que históricamente, cuando los dirigentes americanos han tenido certeza de que un peligro inminente se cernía sobre su nación no han dudado en recurrir a acciones de autodefensa anticipada, lo cual vincularía la doctrina Bush a una corriente tradicional de Norteamérica y convertiría la defensa reactiva de la Guerra Fría en una anomalía⁵, el sentido de urgencia y permanencia de la actual defensa anticipatoria la vuelve algo nuevo. Ya no se trata de un caso excepcional, sino de algo permanente forzado por la naturaleza de las amenazas del nuevo entorno estratégico.

El terrorismo global, islamista o jihadista, ha dado numerosas pruebas de ser capaz de sorprender a diferentes Gobiernos. Y aunque es cierto que desde el 2001 los esfuerzos redoblados para perseguir y eliminar a los terroristas, así como privarles de los apoyos más abiertos por parte de determinados Estados, han dado sus frutos, frustran-

⁴ Citado en «The Twilight of the Neocons?», en el blog *What would Dick Think?*, 3 de marzo de 2006.

⁵ John Lewis Gaddis: *Surprise, Security, and the American Experience*. Cambridge (Mass), Harvard University Press, 2004.

do toda una serie de intentos de atentados, la realidad es que nadie puede garantizar una seguridad perfecta de todo el mundo en todo momento. El daño causado por los seguidores de Bin Laden ha sido tan importante que se ha caracterizado su terrorismo como «megaterrorismo» o incluso «hiperterrorismo»⁶. Y eso que hasta ahora sólo han recurrido a medios convencionales para agredirnos. El impacto que podrían llegar a causar en una sociedad si dispusieran de armas de destrucción masiva y las usaran, sería auténticamente catastrófico. En verdad nadie está preparado para lidiar con una explosión nuclear y nadie sabe a ciencia cierta, por muchos planes de contingencia que se elaboren, cómo habría que gestionar el hecho de encontrarse con una ciudad borrada del mapa a causa de un artillugio atómico.

De ahí que si a la invisibilidad se le suma la capacidad de golpear con sistemas de destrucción masiva, habida cuenta de que la intencionalidad de causar el mayor daño posible es clara en el jihadismo, cualquier dirigente político, si tiene el menor sentido de la responsabilidad por sus ciudadanos, se vea forzado a pensar cómo anticiparse a los movimientos de los terroristas. Su capacidad de ataque se ve reforzada, además, por la vulnerabilidad de las democracias, por lo que hacer depender nuestra seguridad de medidas pasivas o reactivas es tanto como condenarnos a sufrir una agresión de consecuencias incalculables. No hacer nada ante ese riesgo raya lo criminal. Ese era el sentido de las palabras de George W. Bush cuando en su discurso sobre el Estado de la Unión en enero de 2002 afirmó: «No esperaré a los acontecimientos mientras los peligros aumentan. No me voy a quedar quieto mientras los peligros se acercan cada vez más». Palabras que luego, en un acto de anticipación de lo que sería la nueva Estrategia de Seguridad Nacional, precisó en una alocución ante los cadetes de West Point: «Nuestra seguridad requerirá de todos los americanos ser atrevidos y resueltos y estar preparados para acciones de anticipación cuando éstas sean necesarias para defender nuestra libertad y defender nuestras vidas».

Ciertamente, frente a una situación donde se tiene la certeza de estar a punto de sufrir un ataque terrorista, pocos líderes políticos pueden elegir esperar y no hacer nada si creen contar con los medios ne-

⁶ Heisbourg, François: *Hyperterrorisme: la nouvelle guerre*. Paris, Odile Jacob 2001.

cesarios para impedirlo. Es más, la comunidad y el derecho internacional aceptan la defensa anticipatoria como un recurso legítimo de autodefensa. Lo que no acepta es el ataque preventivo, esto es, aquel que se deriva no de la inminencia de un ataque enemigo, sino de un cálculo de que ese ataque se producirá en algún momento en el futuro y la valoración de que es mejor anticiparse a él antes que esperar a condiciones menos favorables.

En cualquier caso, todos aquellos que han querido ver enterrada la doctrina Bush en su aspecto de acción anticipadora, están muy equivocados. Ningún político en su sano juicio –y menos norteamericano– quiere ser juzgado por la Historia como aquel que permitió que murieran miles de sus ciudadanos por temor a anticiparse. Otra cosa muy distinta es que como consecuencia de la fatiga generada por la guerra en Irak, la sociedad americana no tenga apetito para una nueva acción preventiva sin antes haber puesto punto final a la intervención en Irak. Pero esta posible aversión a verse enzarzados en más de un conflicto abierto a la vez sin que se vea una solución clara y a corto plazo del mismo, como sucede hoy en Irak, no pone punto y final al principio de la acción anticipatoria, que es lo verdaderamente recogido en la doctrina Bush. Ni los neorrealistas lo discuten.

UNILATERALISMO

Para unos y para otros, los Estados Unidos actuarán multilateralmente cuando puedan y unilateralmente cuando no les quede otro remedio. Dicho lo cual, y a pesar de que la concertación internacional es un principio que también recoge la Estrategia de Seguridad Nacional americana, la urgencia de dar una respuesta a la amenaza del extremismo islamista y su terrorismo –unido a la patente incapacidad de emplear la principal institución multilateral de defensa hasta la fecha, la OTAN, por las graves carencias de capacidades para poder hacerlo por parte de los aliados europeos, más la parálisis de la principal institución política internacional, la ONU– hizo aflorar lo que algunos norteamericanos temían: encontrarse solos ante la necesidad de reaccionar.

Colin Powell se veía, cuando fue Secretario de Estado, como el elemento más favorable a la multilateralidad, mientras que en la Casa

Blanca se presentían todos los demonios del unilateralismo, apoyados en el Pentágono, cómo no, de Donald Rumsfeld. Por eso el nombramiento de Condoleezza Rice como sucesora de Powell se acogió con frialdad en Europa, pues a ella, en tanto que asesora de seguridad nacional del presidente americano, se le achacaba la responsabilidad de la doctrina Bush⁷. La realidad es más compleja que todo eso, por supuesto. Colin Powell no se planteaba ningún dilema entre unilateralismo y multilateralismo, sino que su extrema prudencia, ya puesta de manifiesto cuando era Jefe de la Junta de Estado Mayor durante la Primera Guerra del Golfo (se opuso al uso de la fuerza), le llevaba a preferir no hacer nada antes que embarcarse en una acción militar arriesgada.

Condi Rice es otra cosa. Su bagaje intelectual la hace ser realista, y de hecho sus ideas están teniendo su impronta en la forma de conducir la acción exterior americana en esta segunda Administración de George W. Bush. Para muchos comentaristas en Washington, Rice acepta los ideales de su presidente, pero no los medios para alcanzarlos⁸. Sea como fuere, la Secretaria de Estado y la gente de su equipo sí parecen estar de acuerdo en tres objetivos complementarios: el primero, revitalizar las alianzas institucionales de tal modo que la visión americana sea aceptada de mejor manera, gracias a la búsqueda laboriosa de la concertación y la generación de consenso. Esto se ha notado especialmente en la OTAN y en la relación de los Estados Unidos con la Unión Europea (UE) y, en menor medida, en la ONU; segundo, transformar la acción diplomática para que sus funcionarios dejen de ser observadores de las realidades nacionales de donde se encuentran y pasen a desarrollar un papel casi de activistas queriendo modificar las actitudes de los nativos para encuadrarlas en los valores americanos. Eso es lo que implicaba en parte su reciente discurso en la Universidad de Georgetown titulado «Diplomacia transformacional»⁹; por último, Rice quiere cerrar las heridas abiertas por casos co-

⁷ Hay que recordar aquí que a Rice se la veía como parte integral de ese pequeño grupo de asesores de George W. Bush cuando fue candidato a las elecciones del año 2000 y que han sido conocidos como los «Vulcanos». Y cuya génesis e historia ha sido recogida por James Mann en su *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*. New York, Viking, 2004.

⁸ Ver, por ejemplo, Kurlantzick, Joshua: «After the Bush Doctrine. The fight for Republican Foreign Policy» en *The New Republic* 13 de febrero de 2006.

⁹ Rice, Condoleezza: «Transformational diplomacy». Conferencia presentada en la School of Foreign Service, Georgetown University, Washington DC, el 18 de enero de 2006.

mo las polémicas sobre la tortura a detenidos en Afganistán o el centro de detención de Guantánamo. Para ella América es una fuerza moral para el bien, y estas cuestiones la hacen vulnerable a las críticas de amigos y enemigos, minando su legitimidad internacional.

Los planteamientos del actual Departamento de Estado norteamericano parten de una base: sentirse solos ante la amenaza del jihadismo; y un temor: que esa soledad se convierta en aislamiento y éste en la creación de un frente internacional antiamericano en la más pura tradición de la escuela realista, que siempre ha defendido que a un poder hegemónico siempre le nace un contrapeso, normalmente en forma inicial de coalición. Y puede que incluso sean planteamientos justos. Pero se equivocan quienes ven en ellos una alternativa a la línea de actuación seguida hasta ahora o, si se prefiere, a la visión *neocom*. Por una razón muy sencilla, porque la preferencia de Rice exige un multilateralismo «eficaz», y eso no está, hoy por hoy, en el horizonte cercano.

El multilateralismo requiere instituciones eficaces y aliados capaces y deseosos de colaborar, condiciones que siguen sin cumplirse. La ONU sigue anclada en sus escándalos y corrupción y no cuenta con los medios ni con la disposición para superarlos; la UE está cayendo en un proceso de autodestrucción que la paraliza en todo lo que toca su esfera de actuación política exterior; y la OTAN a duras penas está logrando convertirse en los cascos azules de la comunidad internacional. Rice puede aspirar a lo que ya está haciendo, intentar forzar buenas caras en los aliados tradicionales de América, pero poco más puede esperar de ellos.

De hecho, observada con detenimiento la acción exterior de los Estados Unidos, parece que Washington está haciendo dos cosas: a corto plazo, presentar una cara más amable, sobre todo ante Europa; pero a largo, pasar de un sistema de alianzas que giraba sobre el mundo occidental definido éste como el Área Atlántica, a otro global cuyos ejes principales serían Japón, Corea del Sur y Australia en el Pacífico, India en el Índico e Inglaterra en el Atlántico ¹⁰.

¹⁰ Véase Serchuck, Vance: «Transforming America's Alliances» en *National Security Outlook*, enero de 2005; y Donnelly, Thomas: «The Big Four Alliance: the New Bush strategy» en *National Security Outlook*, diciembre de 2005. Ambas, publicaciones del American Enterprise Institute.

Por otro lado, a todos aquellos que se alegran de la supuesta caída en desgracia de los neoconservadores, hay que decirles claramente que si siguieran con cierto empeño la profusa literatura producida tanto por los *neocons* como por los realistas, tendrían que acabar reconociendo algo que no les gustaría nada. A saber, que los neoconservadores americanos son unos atlantistas convencidos y militantes. Aún peor, tal vez los únicos de esa especie que quedan vivos en Washington. Y su creencia en los aliados y Europa es una convicción profunda en la medida en que no se deriva del frío cálculo de intereses a corto plazo, sino del reconocimiento de compartir los mismos valores. Los realistas y neorrealistas son mucho más instrumentales. Lo que persiguen es maximizar los intereses de su país, Estados Unidos, y para ello las alianzas son un mecanismo táctico. Serán útiles si sirven a sus intereses, estrechamente definidos. Y dejarán de serlo cuando no les reporten mayor utilidad. Es la vieja máxima de Lord Palmerston aplicada a los tiempos modernos: «América no tiene ni amigos ni enemigos permanentes, sólo intereses».

Todo esto quiere decir que a la América actual no sólo hay que interpretarla en clave europea, porque puede que Europa ya no sea lo que ha sido a los ojos de los americanos, sean los de Bush, Rumsfeld, Rice o Hillary Clinton, y que Washington nos esté recolocando en su mapa global; y en segundo lugar, que el abrazo entusiasta que se hace de la emergencia de los neorrealistas en las filas republicanas no traiga grandes ventajas para una Europa que está enferma y que puede que muchos en el otro lado del Atlántico vean ya como enferma terminal¹¹.

EXPORTACIÓN DE LA DEMOCRACIA

La acción exterior de Norteamérica siempre ha estado imbuida de un fuerte componente moral. Numerosos presidentes han concluido que la defensa de sus intereses y de sus valores podían ser coincidentes con los del resto del mundo, y que su promoción resultaría, además,

¹¹ Tres ejemplos de procedencia intelectual y política muy distinta son Lieber, Robert: *The American Era. Power and Strategy for the 21st Century*. Cambridge (Mass), Cambridge University Press, 2005; Gaffney, Frank: *War Footing*. Annapolis (MD), Naval Institute Press 2006; y Bawer, Bruce: *While Europe Slept. How radical Islam is destroying the West from inside*. New York, Doubleday 2006.

beneficiosa para todos. No obstante, la promoción de la democracia ha estado generalmente asociada a las corrientes más idealistas de la política internacional, arrumbadas éstas durante los largos años de Guerra Fría. Para los realistas tradicionales como Kissinger, el mantenimiento del *statu quo* era mucho más importante que forzar cambios en el sistema internacional aunque éstos quisieran promover regímenes democráticos.

Esta forma de entender la política exterior americana entrará en crisis con los ataques del terrorismo islámico. Los neoconservadores siempre se han caracterizado, frente a los realistas, por apostar por la promoción de la democracia a través del *nation building*, incluso aunque éste se tuviera que lograr mediante el uso de la fuerza. Esa fue su principal batalla a mediados de los 90, cuando defendían a ultranza la intervención americana en los Balcanes frente a una Administración más que dubitativa como la de Clinton y un partido republicano absolutamente reticente a comprometerse en tales tipos de actuaciones¹².

Sin embargo, la amenaza jihadista va a suponer un salto cualitativo para que se adopte la exportación de la democracia en el mundo, y más particularmente en el Oriente Medio, como un objetivo estratégico americano. Por una razón muy sencilla: porque para acabar eficazmente con el peligro del terrorismo islamista también hay que intentar poner fin al caldo de cultivo que supone un mundo árabe sumido en la teocracia, la corrupción, la penuria y la intolerancia, condiciones que alimentan el resentimiento, el odio y, en su extremo, la violencia antimodernizadora, antiliberal y antioccidental. El deseo de empezar a cambiar esa realidad fue lo que llevó al lanzamiento de la *Broader Middle East Initiative*, impulsada personalmente por Bush en el G-8. (Y que en la Estrategia de Seguridad Nacional se denominaba «una estrategia de promoción de la libertad en Oriente Medio»)¹³. Es decir, junto a la persecución de los terroristas, era necesario la promoción del cambio y la apertura en la región donde el jihadismo se nutría con mayor profusión y virulencia. Eliminar terrorista tras terrorista sin transformar el Oriente Medio sólo lograría crear más terrorismo.

¹² Kagan, Robert y Kristol, William: «Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy» en *Foreign Affairs* Julio/agosto 1996.

¹³ Consultar la hoja informativa del Departamento de Estado: «Broader Middle East and North Africa Initiative». www.state.gov/e/eb/rls/fs/33380.htm

Es decir, para la América de George W. Bush, esto es, la América del nuevo mundo posterior al 11-S, promover los valores sobre los que se basa la convivencia occidental –el respeto a los derechos humanos, libertades políticas y económicas, separación de poderes y garantías jurídicas, libertad de opinión y prensa, así como tolerancia religiosa y reconocimiento del libre culto– va a dejar de ser una misión solamente moral, de querer que todos disfruten de lo bueno del mundo occidental, para pasar a ser también un asunto estratégico, de seguridad nacional. Como diría el mismo Bush en su toma de posesión el 20 de enero de 2005, «la supervivencia de la libertad en nuestra tierra depende cada vez más del éxito de la libertad en otras tierras. La mejor esperanza para la paz en nuestro mundo es la expansión de la libertad en todo el mundo»¹⁴.

No cabe duda de que este intento de llevar la democracia al Oriente Medio pesó y mucho en el apoyo de los neoconservadores a una intervención militar que depusiera a Saddam Hussein en Irak, más allá de las razones de seguridad y todo el asunto de las armas de destrucción masiva. Implantar una sociedad democrática y abierta en medio de la región era entrevisto como un golpe mortal a la teocracia y a las dictaduras imperantes en la zona.

No obstante, la falta de una clara salida a la violencia en Irak, a pesar de los múltiples logros obtenidos en su proceso de cambio político y, sobre todo, la reciente victoria del grupo islamista radical y terrorista Hamas en las elecciones palestinas, ha logrado que muchos de los detractores de la promoción de la democracia en el mundo musulmán y árabe vuelvan a la carga contra esta política. Desde la izquierda, porque se juzga inverosímil que se quiera imponer la libertad a través de las bayonetas; desde la derecha paleoconservadora, porque nada se le ha perdido a América en esa aventura.

El más reciente detractor de la expansión de la democracia ha sido el articulista de éxito, Francis Fukuyama en su artículo ya citado –y avanzadilla de un nuevo libro suyo– «After neoconservatism»¹⁵. Según sus palabras, «el área más contestada en los próximos meses y

¹⁴ Bush, George: «Inaugural speech». En www.whitehouse.gov

¹⁵ Fukuyama, Francis: «After Neoconservatism», *The New York Times*, 20 de febrero de 2006.

años será el lugar de la promoción de la democracia en la política exterior americana». Y añade, «hubiera sido mejor si los Estados Unidos se hubieran mantenido al lado de sus amigos dictadores tradicionales del Oriente Medio». Toda una confesión para un autoproclamado liberal de espíritu.

¿Pero en qué basa Fukuyama sus críticas? Como es natural, Fukuyama es prisionero de sus propias palabras y muy especialmente de su ensayo más aplaudido hasta la fecha, «The End of History?»¹⁶. No es éste ni el momento ni el lugar de explicar lo que Fukuyama planteaba en su célebre ensayo. Baste decir que para el autor el triunfo del liberalismo es un largo proceso social, de décadas o siglos más que de años, y que ese proceso social tiende a evolucionar por sí mismo, gracias a la imbatibilidad del capitalismo en su capacidad de fuerza modernizadora social. Si esperáramos lo bastante, al final de la Historia nos aguardaría a todos el paraíso liberal.

El problema esencial con las tesis de Fukuyama, de entonces y sobre todo de ahora, es que olvidan que ahí fuera, más allá de la burbuja privilegiada de las naciones que ya han abandonado la Historia, sigue gente anclada no ya en la Historia sino en la Prehistoria, y que algunas de ellas se han dado como misión vital acabar con nuestra sociedad liberal y histórica o post-histórica. Lo que se le pudo perdonar de su determinismo en 1989 porque el enemigo de entonces, la URSS, daba muestras palpables de su decrepitud, resulta imperdonable hoy, con un extremismo islamista en alza.

Es más, el pesar de aquellos que como Fukuyama ven en el proceso de democratización en el mundo árabe un peligro más que un alivio, esto es, todos aquellos que tras la Vitoria de Hamas, como ha calificado el *Wall Street Journal* en uno de sus brillantes editoriales, sufren de «angustia democrática»¹⁷, sólo tienen como alternativa lo que el mismo Fukuyama dice muy a su pesar, que lo que hay que seguir haciendo es promover a los dictadores, en la más pura tradición de aquel Somoza que para Johnson era «*a son of a bitch, but our son of a bitch*».

¹⁶ Fukuyama, Francis: «The End of History?» en *The National Interest*, verano de 1989. Una autorreinterpretación de sus ideas puede encontrarse en su ensayo «¿Sigue la Historia de nuestro lado?» parte del volumen colectivo *La Revolución de la Libertad*. Madrid, FAES 2006.

¹⁷ Wall Street Journal: «Democratic Angst», 26 de febrero de 2006.

El problema es que ya conocemos, y muy bien, adónde conduce esa política de alimentar dictadores amigos. Sobre todo en el Oriente Medio, donde los dirigentes, por muy mano férrea que tengan, hay algo que no pueden prohibir. Y ese algo es la Mezquita, precisamente donde se enseña la visión de un Islam radical y extremista, el odio y las supuestas recompensas de la violencia. Como muy bien ha señalado Brandon McClellan, en su contestación a Fukuyama, «Los dictadores son como las tiritas, colocadas de mala manera sobre la herida abierta de la rabia jihadista. Las tiritas siempre tienden a caerse. Las tiritas no curan las heridas. Si apoyamos las tiritas, nos estaremos aliando con el *statu quo* que continúa promoviendo al islamismo como la única alternativa viable a un régimen autoritario y corrupto»¹⁸.

Es comprensible que la gente de la calle esté cansada de ver morir a sus vecinos o familiares en un lugar tan lejano como el Oriente Medio. Es natural. Promover la democracia es un valor abstracto que suena demasiado familiar y a la vez cínico a oídos de un norteamericano. Pero lo que propone Fukuyama, aparentemente asustado por las complicaciones del uso del poder militar, es simplemente puro wilsonianismo, es decir, asumir los objetivos pero confiar en que se puedan cumplir sin una intervención directa. Fukuyama critica de los *neoccons* que hubieran asumido que la democracia es un sistema que surge «por defecto» (*by default*), pero no quiere reconocer que su opción lo que hace es dejar «por defecto» el nutriente del terrorismo islamista.

De hecho, mientras se aplicaron los principios que ahora defiende Fukuyama, esto es, en los años 70, 80 y 90, el terrorismo islamista no dejó de crecer, de envalentonarse y de ser más osado en sus ataques¹⁹. Y si hay alguna lección que sacar de todo ese período es que las dictaduras árabes no han servido para contener la marea radical, sino todo lo contrario, la han alimentado por pasiva o por activa.

Uno puede desesperarse de ver a islamistas llegar al poder a través de la urnas. Pero ese resultado no es algo de última hora. Ya sabemos muy bien cómo consiguió el poder Adolf Hitler en Alemania. Pero

¹⁸ Brandon McClellan. Michael: «Neoconservatism vs. NeoFukuyama» en *Tech Central Station*, 3 de marzo de 2006.

¹⁹ Ver al respecto Podhoretz, Norman: «World War IV: How it started, what it means, and why we have to win» en *Commentary* septiembre de 2004.

eso no debe llevar al polo opuesto, porque también es algo conocido y no funciona. Es cierto que la democracia no es equiparable únicamente a elecciones libres, aunque sin éstas no puede darse régimen democrático; y tiene mucho más que ver con una cultura política liberal y unas instituciones fuertes. Pero este *ethos* no es patrimonio exclusivo de europeos y norteamericanos. De hecho hay buenos ejemplos en el mundo musulmán no árabe de que un régimen de libertades y modernizador es posible y viable. Y ya no es necesario esperar siglos para producir una evolución o transición democrática, como ocurrió en Europa. Es un hecho que en la era de la globalización, el tiempo para que una sociedad en transición adquiera los hábitos democráticos se han acortado sustantivamente²⁰.

Por otro lado, la fatiga de Irak no debe cegarnos ante otros logros que sí se han conseguido en los últimos años gracias a la política intervencionista de George W. Bush, como el cambio de actitud de Libia, la retirada siria del Líbano y una cierta apertura en el mundo árabe, cuya máxima importancia estriba en que, por primera vez, fuerzas moderadas y liberalizadoras se atreven asomar la cabeza. Seguir las recomendaciones de Fukuyama significaría condenarles de por vida. Justo a ellos, que son la mejor esperanza para el cambio modernizador y el Oriente Medio al que aspiramos.

El verdadero problema de las tesis de Fukuyama es que no representan ninguna alternativa a la actual política, pero sí encierran un grave peligro: que inspiran y alimentan a quienes, cansados de los problemas del mundo y hartos de que sea Estados Unidos quien tenga que lidiar con ellos, defienden un neoislacionismo para América.

POST-BUSH

El presidente americano, en su último Discurso de la Unión, el pasado 31 de enero, no sólo volvió a reafirmarse en sus principios, sino que criticó duramente a quienes propugnan un giro de 180 grados, combatiendo especialmente las tendencias aislacionistas que parecen repuntar en América: «En unos tiempos complicados y llenos de re-

²⁰ Ver Halperin, Morton, Siegle, Joseph y Weinstein, Michael: *The democracy advantage. How democracies promote prosperity and peace*. New York, Routledge 2005.

tos el camino del aislacionismo y el proteccionismo pueden parecer tentadores, pero el aislacionismo sólo acaba en peligro y el proteccionismo en declive»²¹.

Y es que en todo lo que se dice estos días sobre la caída de los *neocons* y el supuesto giro de la política exterior de Bush, hay más de imaginación que de realidad. Porque como el mismo Bush apuntaba, la única alternativa imaginable a la actual política americana es un nuevo aislacionismo. Y eso no es, en verdad, una alternativa razonable si se tienen en cuenta los riesgos que encierra en la era del terrorismo de masas.

Tómese en cuenta lo siguiente, a modo de ejemplo. Primero, a pesar de las presiones políticas para que se fije una fecha de salida de Irak, George W. Bush sigue fiel a su principio: se marcharán de Irak cuando hayan cumplido debidamente su misión, a saber, acabar con el terrorismo y la insurgencia y dejar un Irak capaz de defenderse por sus propios medios. Segundo, igualmente, ni un retroceso sobre el ideal democrático a pesar de la lluvia de críticas que han ido surgiendo. Lo dijo bien claro ante el Congreso: «Nuestra nación está comprometida con un objetivo histórico y a largo plazo, acabar con la tiranía en nuestro mundo. Algunos lo desprecian por considerarlo un idealismo equivocado. En realidad, el futuro de América depende de ello»²². Tercero, la recién publicada revisión estratégica del Pentágono mantiene su foco de atención en transformar a los militares para luchar y ganar la «larga guerra» contra el terror islamista. Ninguna vacilación al respecto²³.

Y es que, como dicen algunos comentaristas, aunque las caras más conocidas de los *neocons* no sean ahora tan visibles, lo que verdaderamente importa es que Bush no puede abandonar las ideas neoconservadoras. Sencillamente porque él es primer *neocón* en Washington²⁴. Y

²¹ Bush, George: «State of the Union speech». 31 de enero de 2006, en www.whitehouse.gov

²² *Ibidem*.

²³ *Quadrennial Defense Review*, Washington, GPO, 6 de febrero de 2006.

²⁴ Esa es la tesis esencial de tres obras, Krauthammer, Charles: «The neoconservative convergence» en *Commentary*, julio de 2005; Barnes, Fred: *Rebel in Chief. Inside the bold and controversial presidency of George W. Bush*. New York, Crown Forum, 2006; y Sammon, Bill: *Strategy. How George W. Bush is defeating terrorists, outwitting democrats, and confounding the mainstream media*. Washington DC, Regnery 2006.

la verdad es que todas las promesas que los europeos se hacían tras la visita del presidente americano a Bruselas, a las pocas semanas de jurar nuevamente su cargo, no se han materializado. El hecho, por ejemplo, de que Washington haya dejado el protagonismo de lidiar diplomáticamente con Irán a los tres países europeos, Reino Unido, Francia y Alemania, puede explicarse mejor por razones tácticas que por un cambio de aproximación a Europa. Como se está viendo en la actualidad, la postura de Estados Unidos en relación a las ambiciones nucleares de Irán no deja de endurecerse y su retórica poco a poco se distancia de la de los europeos. Como la propia Condi Rice ha afirmado en una intervención ante el Congreso norteamericano: «Seguramente no encontraremos un mayor reto desde un país que el que presenta Irán, cuyas políticas están dirigidas a crear un Oriente Medio que sería 180 grados diferente del Oriente Medio que nos gustaría a nosotros que se desarrollase»²⁵.

En términos políticos es claro que Washington se acerca a una sucesión. Y como bien sabemos, por muy ordenada que se deje, toda sucesión resulta al final algo turbulenta. Máxime cuando hay unas elecciones de por medio. Pero en términos de opciones estratégicas ni el principal candidato potencial desde las filas republicanas (el senador McCain) o desde las demócratas (la senadora Clinton) presentan alternativas radicalmente distintas a la política de Bush. Ambos «encontrarían muy difícil salirse del marco conceptual de la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002 en la medida en que ambos están vivamente comprometidos con lo que ahora comenzamos a llamar la 'Larga Guerra'»²⁶.

De hecho, como se ha apuntado más arriba, la única alternativa real a la actuación de Norteamérica es el aislacionismo rampante. Hasta ahora era representado por los nacionalistas a ultranza, como Pat Buchanan, pero no deja de ser preocupante que esa postura se desplace hacia otros elementos más centristas en las filas republicanas.

La Historia, a diferencia de lo que dice creer Fukuyama se hace sobre las decisiones de las personas. Y éstas a veces son buenas y a veces totalmente erróneas. Ya se ha dicho, contar con una buena estra-

²⁵ Rice, Condoleezza: «Remarks before the Senate Appropriations Committee», 9 de marzo de 2006.

²⁶ Barone, Michael: «Bush's Grand Strategy» en *Realclearpolitics*, 27 de febrero de 2006.

tegia nacional es garante de éxito, pero no es el éxito en sí. Una mala aplicación puede arruinar un gran diseño. Y los Estados Unidos cuentan con líderes humanos y por tanto tan proclives a la equivocación como cualquier otro. Hasta ahora la determinación del actual presidente ha logrado mantener el curso de acción que exigían las circunstancias. Pero si surgieran muchos líderes políticos al estilo que marca Fukuyama, ya no estaría tan claro.

De momento, gracias a Dios, el peso de la responsabilidad exterior se paga porque se comprende que la alternativa, encerrarse sobre sí mismos y esperar lo mejor, sólo puede acarrear mayores desdichas. Si el pueblo americano se confundiera y llevara a la Casa Blanca algún día a un presidente con un mandato para retirarse del mundo, no sólo los Estados Unidos acabarían pagando por ello. El mundo islámico caería en manos de los radicales y terroristas y Europa sería su primer gran bocado. Es decir, nosotros.

REVISTA HISPANO CUBANA HC

Cuba: Transición o sucesión

A. Añel, Julián B. Sorel, Enrique Ros,
J. González Fables, Ángel Cuadra,
Adolfo Rivero Caro, Jacobo Machover

Cuba: Un análisis social, económico y político actual

Martha Beatriz Roque

La amenaza totalitaria

Jorge Vilches

La complacencia transcendente

José Prats Sariol

Derechos Humanos, Documentos, Cultura y Arte

Número 24

∞

e 2006



Director
Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial
Cristina Álvarez Barthe
Luis Arranz
María Elena Cruz Varela
Jorge Dávila
Manuel Díaz Martínez
Alina Fernández
María Victoria Fernández-Ávila
Celia Ferrero Romero
Carlos Franqui

José Luis González Quirós
Mario Guillot
Guillermo Gortázar
Jesús Huerta de Soto
Felipe Lázaro
Jacobo Machover
José María Marco
Juan Morán
Eusebio Mujal-León
Fabio Murrieta
Mario Parajón
José Luis Prieto Benavent
Tania Quintero

Alberto Recarte
Raúl Rivero
Ángel Rodríguez Abad
José Antonio San Gil
José Sanmartín
Pío Serrano
Daniel Silva
Rafael Solano
Álvaro Vargas Llosa
Alejo Vidal-Quadras
Redacción
Orlando Fondevila
Begoña Martínez

www.revistahc.com

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid
Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08
e-mail: revistah@revistahc.com - Internet: <http://www.revistahc.com>